

JAUME VICENS I VIVES

EL CAPITÁN DE
INDUSTRIA ESPAÑOL
EN LOS ÚLTIMOS
CIEN AÑOS



EL CAPITÁN DE
INDUSTRIA ESPAÑOL
EN LOS ÚLTIMOS
CIEN AÑOS

Conferencia pronunciada en el Círculo de Economía
el 16 de Octubre de 1958
por el **Dr. Jaume Vicens i Vives**

PRESENTACIÓ

El text que publiquem constitueix la que es pot considerar conferència fundacional del Cercle d'Economia. En els llibres que recullen les primeres conferències del Cercle, n'hi podem trobar d'altres que es pronunciaren amb anterioritat a la de Jaume Vicens Vives, però fou aquesta la que sens dubte donà sentit al projecte que, encara que molt inconcret, de feia ja uns anys recolzava amb gran entusiasme el mateix Jaume Vicens.

La reedició d'aquesta conferència coincideix amb un fet per a tots nosaltres molt trist, com és la mort de Carlos Ferrer Salat. L'any 1953, Jordi Pujol, ja ple d'inquietuds, ens posà en contacte amb Jaume Vicens. D'aleshores ençà i fins ben a prop de la defunció de Jaume Vicens foren moltes les reunions que vàrem celebrar. Conegudes com les "reunions del dijous", eren una crida a la responsabilitat que, malgrat les circumstàncies polítiques del moment, adreçava als qui ell considerava elements dinàmics de la jove burgesia catalana. D'aquell grup de joves que buscàvem en els criteris de Vicens com conduir les nostres inquietuds, Carlos Ferrer Salat en fou el més destacat i, sens dubte, ha estat qui en el decurs dels anys, des d'aquells inicis del Cercle fins a la seva recent i sobtada desaparició, més bé va representar aquest compromís amb la societat.

No podem oblidar-ne d'altres que varen poder gaudir dels ensenyaments de Jaume Vicens, com ara Carlos Güell i Artur Suqué, fundadors i primers Presidents del Cercle, o Ernest Lluch, amb una vocació més universitària i pri-

mer Secretari General del Cercle. Hem de recordar molt especialment l'amic Fabian Estapé, acadèmic, qui amb els seus coneixements i la seva actitud decidida resultà fonamental per al Cercle en apropar-nos a les persones més renovadores de la Universitat i de l'Administració econòmica d'aleshores: Joan Sardà, Enrique Fuentes Quintana, José Luis Sampedro i, posteriorment, Luis Ángel Rojo.

Les paraules de Jaume Vicens continuen plenament vigents. Són ben diferents els reptes de fa quaranta anys i els d'ara. Però el que deia Jaume Vicens en referir-se a aquella burgesia: "de sus ambiciones y de su interés, de su comprensión de los demás elementos de la sociedad, de su nueva fe en el país, pueden y deben esperarse muchas cosas", podria dir-se perfectament ara. No hi ha dubte que la necessitat d'aquestes ambició i fe en el país és avui tan manifesta com aleshores.

Aquestes pàgines permetran, als qui el vàrem tractar i estimar, recordar Jaume Vicens i comprovar com l'economia moderna i la societat oberta i democràtica de què gaudim avui, mereixien els esforços de tots aquests anys. I els qui no el conegueren podran trobar en aquestes línies el sentit profund de l'empresari compromès amb el seu país.

Poques iniciatives com la publicació d'aquesta conferència de Jaume Vicens poden ser tan adients per commemorar els quaranta anys d'aquest espai plural i de diàleg que hem pretès que sigui el Cercle d'Economia.

Joan MAS CANTÍ

febrer 1999

El tema es muy ambicioso: el Capitán de Industria –todo un proceso de mentalidad– y los cien últimos años, que son los cien años más densos de la Historia Mundial. Realmente es una empresa que podría reservarse a un titán de la síntesis, y como yo no lo soy, a pesar de haberme especializado en cuestiones de síntesis histórica, muchos temas únicamente quedarán esbozados.

¿Qué ha pasado en estos cien años? En estos cien años se ha registrado la más profunda revolución económica que registra la Historia Mundial. Para percatarse de ello es necesario, quizá conveniente, tener presente las etapas por las que la humanidad ha logrado franquear nuevos escalones económicos. Las he reducido sintéticamente para situarnos en el lugar donde se halló ese Capitán de Industria, y en donde todavía continuamos hallándonos nosotros. Citaría como principales revoluciones la revolución del fuego; la revolución neolítica con el cultivo de la agricultura y del establecimiento del hombre en forma sedentaria; la revolución helenística en Grecia entre los siglos V y VII de nuestra Era, a la cual pudiéramos llamar de primera revolución técnica; la revolución comercial desde el siglo XII al XIV que provoca el gran despertar de la humanidad occidental y, finalmente, nuestra revolución. La última no es solamente una revolución industrial como suele llamarse, sino una revolución en todos los órdenes; una revolución de tipo agrícola profundo, como jamás había registrado la hu-

manidad desde los tiempos del neolítico; una revolución que arrastra desde la Inglaterra del siglo XVIII hasta la moderna China, a todas las grandes sociedades europeas y extraeuropeas. Una revolución precedentemente técnica, o sea una revolución en la cual una mentalidad científica, una mentalidad ordenada, dirige los avances de la industria en todos sus sectores, y a través de la industria de la estructuración económica y de todos los ramos en que se relacionan la producción y el consumo. Y es en medio de este gigantesco remolino en donde ese hombre, ese Capitán de Industria española actuó. Pero actuó de una manera que podríamos llamar independiente, porque simultáneamente a la revolución económica se produjo una crisis social. Lo que podríamos llamar crisis social cristaliza cuando apareció el problema obrero en el siglo XIX cuando la gente se dio a pensar que eran cosas, en fin, de sociedades secretas o algo de la masonería, o de temperamentos inquietos revolucionarios que querían la subversión de la sociedad, porque no se tenía la idea clara y concreta que hoy poseemos sobre el encadenamiento científico de los hechos, o sea el que toda transformación de tipo económico produce una transformación de tipo social y que todo cambio en la estructura económica lleva aparejada un cambio en la estructura social, y por lo tanto, si el cambio en la estructura económica ha sido el más profundo registrado en la Historia de la Humanidad, es lógico que el cambio de la estructura social sea también o haya sido también el más profundo que se haya registrado en la Historia de la Humanidad. Y ello sin necesidad de agentes externos a la misma mecánica económico-social, simplemente por un proceso de adaptación de las clases sociales en las cuales surgieron como principales protagonistas: de un lado el empresario o burgués y del otro el obrero. Este proceso esbozado en líneas muy generales se transformó en España en un proceso singular, un proceso que he definido con el nombre de Lucha por la Industrialización. Esta lucha por la industrialización ha sido también un proceso por la conquista de la técnica, teniendo en cuenta que si la técnica ha informado la gran revolución industrial de nuestros tiempos no puede haber ni ha podido haber ni podrá haber revolución industrial en sentido estricto siempre que no vaya aparejada con la renovación y la revolución técnica. Por lo tanto, en el transcurso de este siglo se des-

arrollan dos problemas simultáneos: la lucha por la industrialización del país, y la lucha por la conquista de la libertad en la investigación técnica.

En la teoría económica sobre la España reciente, únicamente existen dos teorías, la del Profesor Larraz de Madrid –autoridad económica por todos reconocida– y la mía, muy modesta pero quizá en este caso, por mayor investigación más de acuerdo con la realidad de los hechos históricos. El Profesor Larraz pone como estímulo inicial del desarrollo económico español en el XIX la agricultura, el cultivo cerealista. En cambio a mí me parece, y los hechos también lo abonan, que la principal base del desarrollo económico español, o sea la vanguardia de esa revolución industrial y técnica de que antes hablaba fue, y siguió siendo durante todo este siglo, la industria textil catalana. Por lo tanto, la primera fase de este desarrollo económico español en el siglo XIX corresponde a algo muy nuestro, a algo profundamente vinculado a esta ciudad, de lo cual no creo que mucha gente se dé hoy cuenta, porque en definitiva nuestro esfuerzo ha sido minimizado por la serie de circunstancias adversas que lo van paralizando, pero en realidad el esfuerzo enorme realizado por esa burguesía catalana que empezó a dibujarse en el siglo XVIII a través de sus órganos esenciales, como la Compañía de Algodón en la Junta de Comercio de Barcelona, ha sido, es, y continuará siendo motivo de orgullo por esa pequeña Barcelona rodeada de sus murallas, que con otras cuatro o cinco ciudades europeas iba a la cabeza de la producción y del avance técnico en el tejido y en la industria del algodón. Esa industria conoció varias etapas; primero fue una industria indiana, o sea la industria de tintados, después la industria del tejido del algodón y finalmente la industria del hilado. Se había llegado a esta situación hacia el año 1804, cuando comenzó la guerra de la Independencia y todo se vino abajo. Se vino abajo el esfuerzo realizado por esos hombres, porque en medio de la lucha no era ocasión propicia para mantener un mercado cuando los ejércitos ingleses y los ejércitos napoleónicos llevaban en las mochilas de los soldados no el bastón de mariscal prometido por Napoleón, sino la tela o el brocado o el tapiz que desde sus respectivas procedencias vendían generalmente a los españoles.

Cuando la guerra de la Independencia termina y con ella el periodo de decadencia del primer tercio del siglo XIX, nos hallamos con una generación, la generación del año 1823, llena de hombres de empresa, de actividad, de seguridad y de firmeza en el futuro. Son los señores Bonaplata y Tous, que fundaron el vapor de la calle de Tallers: una industria gigantesca con sus telares y sus máquinas, con una actividad a la vez de construcción metalúrgica y de producción de tejidos de todas clases. Y al lado de este grupo, muchísimos más; unos cuatrocientos fabricantes, los cuales a partir de aquel momento se lanzaron a la conquista de lo que pudiéramos llamar el mercado algodónero español. Y eso lo lograron a través de serias dificultades, porque no todo fue fácil. Hasta el año 1855 podemos decir que la industria textil catalana forma parte de un complejo económico español, pero a partir de 1854 y hasta 1896 ese mercado se amplía y desde aquel momento se encuentra y demuestra plenamente que el único cuerpo industrial que realiza un progreso definitivo en España es el de la industria textil. Ese predominio se consolidaría entre el año 1866 y el 1886 al amparo de lo que se denomina la época de la fiebre del oro para alcanzar un máximo hacia el año 1890, cuando se abría al mercado catalán las grandes posibilidades de Cuba y de Filipinas, que no lograron dar resultado suficiente porque el año 1898 trajo la independencia de estas colonias.

Si pudiéramos imaginarnos estadísticamente el peso del grupo industrial textil catalán en el siglo XIX, yo no vacilaría en concederle el 55% de la totalidad del esfuerzo empleado por la industria española en el conjunto de la economía. O sea, esos 400 hombres de Barcelona lograron en el espacio de veinte años, representar más de la mitad de la economía total española. Y gracias a ese impulso, como luego veremos, fue posible todo el tránsito o el intento de tránsito de una economía agraria española a un tipo económico moderno.

Simultáneamente se desarrolla la campaña de la España cerealista, ese empuje a que aludía el Profesor Larraz. Es un fenómeno paralelo al de la industria textil pero que se desarrolla en un tono menor. Empieza hacia el año 1827 y alcanza un clima máximo cuando a consecuencia de la entrada de los liberales en

el poder se decreta la Ley de circulación libre de los cereales, de las materias de arder y comer y cuando después, a consecuencia de la desamortización eclesiástica se produce una expansión enorme en el terreno agrícola. Sobre la desamortización eclesiástica se ha escrito muchísimo, pero es preciso darse cuenta de lo que pensaba la gente de aquel tiempo y no lo que ha sido juicio ulterior. Si leemos los folletos publicados por el Fomento del Trabajo Nacional, que entonces era todavía la junta de fábrica, y de los principales burgueses de Barcelona, uno se da cuenta de que la desamortización eclesiástica no era un acto de impiedad, no era un acto sacrílego, sino que era un acto que exigían los industriales y los hombres que realmente querían el progreso económico de España, al objeto de movilizar una cantidad de riqueza que permanecía estancada. Y eso se logró, se logró peor que bien, es indudable. Y lacerando injustamente determinadas personas e Institutos. Pero el panorama agrícola español entre 1840 y 1855 cambió radicalmente, no sólo con la expansión de los cereales, sino también con la expansión del viñedo, expansión que durante cincuenta años, desde 1850 a 1900, permitió al comercio exterior español tener una partida saneada que equivale a lo que en la actualidad es la partida de lanar. Durante estos años 1850 a 1900 en los puntos de la viña, vino, la uva y el olivo después, figuraron a la vanguardia de la exportación española. Después de esta expansión cerealista viene a fines de siglo la expansión de la minería vasca y de la minería andaluza. Sobre este particular hay que tener una idea concreta, clara y rotunda.

Hoy, es un hecho cierto, los vascos impresionan: cuando vemos su Banca, sus finanzas, las empresas eléctricas que controlan, su expansión en el terreno de la agricultura castellana, su misma metalurgia. Ante este hecho los catalanes nos sentimos un poco acobardados. Hacia 1870 la posición era absolutamente contraria. Un catalán respecto a un vasco tenía la superioridad económica de unos cien años largos, o sea que la evolución de la concepción de la Banca, de las empresas e infinidad de anónimas, de la organización del mercado, era muy superior, eran infinitamente superiores en el catalán que en el vasco. Ahora bien, hacia 1870 y a consecuencia de la libertad del comercio exterior de los minerales

decretada por el Ministro Figuerola y ratificada después por el Gobierno de Amadeo I, y la Restauración, empezaron a exportarse grandes cantidades de mineral de estaño. El cobre de Huelva, el plomo de Cartagena y de las minas de Sierra Morena y también el hierro del país Vasco, hierro que hasta entonces había tenido muy escaso aprecio, pero que, a consecuencia de la implantación de determinados sistemas de tipo científico técnico, como el Besemer, alcanzaron en el mercado internacional, especialmente en Inglaterra, una reputación extraordinaria. Entonces los Vascos, en lugar de dejar perder el capital que tenían en sus minas como hicieron los andaluces y los murcianos, supieron aprovecharse de ese ritmo intensivo de la circulación económica entre Vasconia e Inglaterra, de tal manera que los barcos que venían a Bilbao para recoger el hierro, generalmente iban cargados de carbón, carbón barato, carbón de baja calidad que aplicado al hierro mismo nativo dio lugar a la formación de esas grandes empresas como fueron los Altos Hornos de Vizcaya, las minas de Sestao, etc. Y ese proceso de las minas vascas registró una intensa capitalización. ¿Qué quiere decir capitalización? Quiere decir que los Vascos supieron extraer de su hierro unas inversiones en dinero que aplicado a la industria les reportaron cantidades extraordinarias de capital. Eso especialmente a partir del año 1900 y sobre todo durante la guerra de 1914 a 1917 que fue para la industria del país vasco así como también para la Industria de Cataluña, pero para Vasconia en cantidades extraordinarias, una fuente inagotable de riqueza, especialmente en el sector del transporte marítimo que desde entonces está totalmente acaparado por el transportista vasco. El esfuerzo que los vascos realizaron durante los últimos ochenta años vale la pena de ser registrado como una de las más decididas voluntades de triunfar en la historia. Si en Cataluña hubiera habido no ya todo el material de hierro vasco, sino únicamente la mitad, los catalanes hubiéramos hecho el doble de los vascos en el mismo periodo de tiempo, porque partían de una base económica más desarrollada y de un espíritu comercial mucho más adelantado que el del pueblo vasco.

Y ya la cuarta fase desde 1900 para acá es la fase de la electricidad de la industria química y de la pequeña y grande metalurgia. Es una fase que se regis-

tra simultáneamente en distintos lugares de España, pero que tiene los polos ya consagrados en la evolución ulterior; de un lado Cataluña, de otro el país vasco, que son los que llevan en sus manos el triple juego de hacer progresar la electricidad como fuente de energía, de hacer llegar la industria química a un nivel superior, a pesar de un retraso inevitable respecto a los centros extranjeros, debido, una vez más, al distinto progreso técnico químico realizado, y finalmente de inculcar al agricultor las nuevas ideas del abono de los campos. La historia de la Unión de Explosivos, y la historia de la Casa Cros, es la misma historia de la expansión económica española en los últimos cincuenta años.

Después de estas cuatro fases que acabamos de determinar de una manera tan breve y tan somera, ¿qué resultado se ha alcanzado en cuanto a la revolución industrial? ¿Podemos decir que en España se ha logrado la revolución industrial? ¿O todavía nos falta un largo trecho a recorrer? Sobre este particular no quiero ofrecer una hipótesis de tipo particular sino simplemente alinearme a la expuesta por el Profesor Narro, Director de los servicios de estudio del Banco Urquijo de Madrid, quien en la última Conferencia pronunciada en Bilbao dijo lo siguiente: «Señores, la renta nacional española se acrecienta cada año: hoy en un 7 al 8%. Teniendo en cuenta este nivel podemos comparar a la Economía Española en su total desarrollo con la de la India, o sea en uno de los lugares últimos entre las Naciones subdesarrolladas teniendo en cuenta que el total de incremento de la renta nacional en los países de tipo evolucionado oscila del 15 al 17 y en los superiores llega hasta el 22». Por lo tanto, queda claro que no hemos logrado ni los catalanes ni los vascos hacer una verdadera revolución industrial. Estoy completamente convencido de que son ustedes, los de esa generación, los que verán la revolución industrial como se ha presenciado en Italia en los últimos años. En Italia entre el año 1945 y 1955 se ha visto esa revolución. El caso de Inglaterra, Alemania, Francia, Estados Unidos, cae en periodos más alejados de nosotros, de tal manera que para ellos la revolución industrial ha estado consumada antes de la primera guerra mundial.

¿Cuál ha sido el resultado económico y social logrado a través de estas fases no en cuanto a cosas de conjunto como acabo de decir, sino examinando las ten-

siones? La evolución industrial, por el intento de revolución industrial en los últimos cien años ha producido unas tensiones económicas de base intensísimas, y casi irresolubles. Por ejemplo: ¿Pueden la infraestructura material y la infraestructura geográfica de España adaptarse al ritmo de la revolución industrial? Es una pregunta alucinante, ya que, antes de llegar a una revolución industrial efectiva, tenemos que saber si la infraestructura reúne las condiciones de base para lanzarnos a esa aventura. Infraestructura quiere decir, por ejemplo, clima. ¿Hacia dónde vamos? ¿Hacia una desecación del clima? ¿Quién lo sabe! Las últimas estadísticas publicadas y recogidas por el Instituto Nacional de Explotaciones Forestales recogen los datos pluviométricos desde 1910 a 1958 señalando los ciclos con una máxima intensidad hacia el año 1823 y 1933 y desde entonces un descenso que nos lleva muy por debajo del ciclo inicial. O sea, que si el ciclo inicial se considera empezado a 1 hoy estamos hacia el 60%. Quien habla del clima puede hablar por ejemplo de la estructura de las comunicaciones, del suelo agrario, de la pérdida del suelo vegetal, etc. etc. Si de eso pasamos a la cuestión ¿Es que la infraestructura espiritual del país es adaptable al clima de la revolución industrial?, nos metemos en una hondura realmente prodigiosa, porque infraestructura espiritual quiere decir en primer lugar conocimientos técnicos de base para lograr esta revolución industrial; quiere decir convertir por los menos a quince millones de españoles en seres pensantes; quiere decir el convencer a determinados grupos sociales que el progreso es compatible con el mantenimiento de la rígida ortodoxia; quiere decir inducir en ese conservadurismo español roqueño que rige ya desde hace ocho siglos, de que en una economía de expansión es posible también hallar la felicidad y el bienestar.

Y vamos a las grandes contradicciones que se registran en esa revolución industrial, contradicciones que se han dado en toda Europa y que aquí también se manifiestan. Por ejemplo, la contradicción regional; no me refiero a contradicción regional en el sentido puramente aleatorio, porque en el transcurso de toda economía de evolución hay choques entre los distintos grupos regionales de una misma economía. Me refiero, por ejemplo, a la pugna que durante tanto tiempo

existió entre las naranjas de Valencia, el Grupo Naranjero Valenciano y el Grupo Hullera Asturiana, por el hecho de que el arancel no se hallaba en grado tan beneficioso para los agricultores como ahora, y los grupos naranjeros solicitaban el intercambio con Gran Bretaña. Gran Bretaña, por aquel entonces pedía en su tratado la exportación de hulla. Durante años, años y años, existió este problema, problema de contraste, entre los dos tipos de economía regional. También entre Andalucía y Galicia, con el aceite y el ganado vacuno. Andalucía quería vender aceite a América del Sur, especialmente a Argentina; Argentina quería exportar a España carne, en varias formas, y los gallegos se oponían a ello. Eso no tiene importancia porque se trata de choques de tipo puramente circunstancial. El choque más profundo entre estos conceptos que podríamos llamar regionales en la economía española global, es un choque de base entre el pensamiento productor que es el pensamiento que ha sostenido Cataluña desde el año 1830, con el cual se aliaron más tarde los ferreteros vascos y el pensamiento de consumo, que ha prevalecido durante este mismo periodo de tiempo en el Grupo Mercantilista de Cadiz y a su remolque en el Grupo Parlamentario y Burocrático Madrileño. La economía vista desde un ángulo de la producción o vista desde el otro ángulo, el del consumo, ofrece unas características totalmente divergentes, y en esa duplicidad, de ver la economía como consumo o ver la economía como producción, radica la pugna que hemos visto, tan llevada y tan traída por los librecambistas, que son los que sostenían la ampliación del mercado de consumo y los proteccionistas, que eran los que sostenían la teoría de la producción. Y esa batalla llevada a cabo por los mismos industriales de la industria textil catalana es uno de los grandes tantos que se debe atribuir Cataluña en el siglo XIX y principios del XX; convencer a los restantes españoles, a la inmensa masa de población castellana, que lo primero que debía hacerse en España era pensar en un organismo de producción. El fondo de la cuestión es psicológico, es la plasmación de todo el problema económico general visto a través de distintas necesidades. Sea que predominen los productores, empresario y obrero, sobre los consumidores; sea que predominen estos que, por otra parte, constituyen la inmensa población agrícola española más las sufridas cla-

ses medias de funcionarios y profesiones. Se añade a esto la contradicción de tipo social, el tirón de la industria, lo que podríamos llamar el antagonismo entre el campo y la ciudad que lleva a las urbes esas grandes masas de población alógena que constituyen el objeto demográfico del problema social. Generalmente, la lucha social se presenta como una lucha entre el empresario y aquel que trabaja en sus máquinas. Ahora bien, cada vez que van estudiándose más los hechos acaecidos en el siglo XIX en el campo social, uno se da cuenta de que la lucha no existe entre el sector empresario y el sector obrero, y si esa lucha existe lo es en el plan de un «coloquio» —a veces un poco violento— pero de todas maneras un coloquio ya que se desarrolla sobre el mismo tapete en que se van a jugar las cartas de la producción. El obrero no intenta ni destruir la fábrica ni tampoco intenta subvertir de una manera radical el proceso de la producción. Hay otro factor que no se tiene en cuenta sobre el cual quiero llamar la atención: los miserables. Los miserables en Barcelona han tenido un nombre concreto, la «patulea», o sea esa gente que viene del campo, los emigrantes que no tienen, que no han adquirido el hábito de entrar en el ritmo de la producción, que son simples peones, muy sujetos a las crisis de tipo industrial, sin facilidad alguna de resistencia, sin familia a la que acudir y que constituyen a cada recodo de la coyuntura desfavorable el arma de choque que destruye la fábrica, que proclama la huelga general, que apoya a los anarquistas, que echa las bombas por donde puede y, en definitiva, que constituye la masa de choque del año 1934 y 35 cuando la quema de los conventos, la del 34 cuando la primera huelga general revolucionaria, la del año 1909 cuando la semana trágica y la del año 1936. Tengamos presente este factor de los miserables; los agentes que no podemos llamar obreros porque todavía se hallan en una etapa de transformación hacia ese obrerismo que, en definitiva, participa solidariamente en los procesos de la producción.

Y ahora veamos a nuestros hombres y al reflejo de este proceso en unos cuantos tipos de carne y hueso para evitar que, como acontece a veces, la historia se pierda en la generalización. Queremos hechos concretos, hombres a los cuales

referirnos, y por eso vamos a presentar a algunos tipos humanos que corresponden a esa evolución económica general, de tipo internacional, que hemos esbozado en lo que respecta a España y que ahora volvemos a centrar en Cataluña.

El primero es Gaspar de Remisa. Hombre de lid; llega a Barcelona a los 24 años en plena Guerra de la Independencia, e inmediatamente se sitúa en medio del caos de la época. Se sitúa bien, dedicándose a hacer de intermediario entre los ejércitos napoleónicos y los ejércitos que podríamos llamar nacionales. No es él sólo quien se dedica a esta actividad: hay muchos otros. El ejército napoleónico de ocupación necesita trigo para abastecer las ciudades, el ejército español necesita cartuchos para disparar contra los franceses y trajes con que vestirse, y hay una serie de hombres que hacen de intermediario entre ellos Don Gaspar de Remisa. Los ingleses en 1813 ya le califican de persona que no es de absoluta confianza y respecto a lo cual hay que estar sobre aviso. Termina la guerra, e inmediatamente Don Gaspar de Remisa, todavía no se llamaba «de» sino simplemente Gaspar Remisa, se sitúa al lado del General Castaños nombrado Capitán General de Cataluña y aparece como contratista de obras del Puerto, lo que entonces se llamaba asentista: o sea que acapara todos los servicios del Ejército y del Estado en Cataluña. En 1818 funda una Banca importante, la Banca Canals y Remisa con veinticuatro millones de Capital que es la suma inaudita que este hombre ha conseguido reunir en poco tiempo. Es hombre muy conocido en Barcelona que protege a todos los poetas del momento, y el Teatro de Santa Cruz lo considera como uno de los grandes mecenas. Entre sus amigos los hay constitucionalistas, liberales, eruditos como Félix Amat, y poetas de tanto renombre posterior como Buenaventura Carlos de Aribau. En 1827 tiene que resolver un asunto de la empresa de diligencias por él fundada que hacía el servicio entre Barcelona y Madrid, y se presenta al Ministro López Ballesteros, un gallego, muy liberal, hombre que se ha tenido que poner al frente del Ministerio de Hacienda debido a la crisis económica que existe en España. Hablan el Sr. Remisa y el Sr. López Ballesteros, y de esta entrevista, a la cual el Sr. Remisa iba únicamente para resolver unos problemas de tipo económico

particular, sale nombrado Director General de Aduanas, y desde entonces se establece en Madrid. Ya en Madrid establece una sucursal de su Banca, figura como promotor de todos los asuntos que habían quedado enterrados en España desde el siglo XVIII: el Canal de Castilla, Minas de Guadalcanal, Minas de Riotinto, para promover, por vez primera, una recuperación económica de Castilla y de Andalucía.

Remisa es el complemento de aquellos cuatrocientos fabricantes de los que hemos hablado, pero que en realidad no pasan de unos cuarenta; los Güell, los Bonaplata, los Tous, que han dejado huella visible, no solamente en los retratos en el Fomento del Trabajo Nacional sino en las fábricas, en La Maquinista Terrestre y Marítima, en La España Industrial, en las Empresas de los Güell, en el Fomento del Trabajo Nacional de la Comisión de Fábricas. Gente que sabe perfectamente lo que ha hecho Don Gaspar de Remisa pero que tienen una noción muy distinta del negocio; ellos son los verdaderos artífices de la revolución industrial en Cataluña. Si hubiera habido hombres semejantes entonces en varias partes de España, la cosa hubiera rodado de una manera muy distinta. Esa gente se caracteriza por unas condiciones absolutamente distintas de las que hoy se atribuyen al industrial catalán, y eso es importante hacerlo destacar. En primer lugar, son gentes de una estrecha cooperación en el sentido del negocio. Ese individualismo industrial catalán es una pura utopía, es un mito. Basta ir al archivo de protocolos, donde se conservan los contratos de las Sociedades Anónimas hechas por nuestros antepasados, y se verá la cantidad enorme de sociedades anónimas que se fundaron entre 1830 y 1850. ¡Cantidades considerables de sociedades anónimas! Es decir, que no hay en el proceso económico catalán de ese momento un bache de insolidaridad, al contrario: cuando se funda el Banco de Barcelona en 1839, que es una creación total de la ciudad, puede verse la lista –como yo la he visto, he calculado y hecho la estadística que se publicará muy pronto– de la gente que contribuyó a hacer ese Banco. Allí figuran, naturalmente, los grandes protagonistas del momento, los Girona, D. Diego García Lupi y tantos otros. Esos daban el tercio del capital del Banco, pero los

otros dos tercios de las acciones de 500 pesos cada una, cantidad importante, la cubrieron más de trescientas personas, y todo ello en cifras a lo mejor de una acción o de dos acciones, o sea que en la fundación del Banco de Barcelona participó toda la masa social de Barcelona. Y eso no sólo en ese Banco, sino en muchísimas otras instituciones como en la Comisión de Fábrica, como en Bancos de actividad industrial, el Crédito Mercantil Catalán, y tantos ejemplos que nos dan idea de lo que fue el espíritu del burgués y del empresario catalán en aquel momento. El señor Lequerica en el discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Políticas y Sociales narra lo acaecido en el año 1901 o 1899 –la cifra no es precisa, pues cito de memoria– cuando se fusionaron los Altos Hornos con la Compañía Vizcaya, S.A., para dar lugar a los Altos Hornos de Vizcaya, ponderándolo como una de las cosas más grandes que acaecieron en España en todo el proceso económico español del siglo XIX, diciendo: «Por vez primera los capitalistas se unieron para fundar algo grande, algo grande, Los Altos Hornos de Vizcaya». Sí, es importante, que un señor sea capaz de renunciar a la autonomía de su negocio para englobarse en una sociedad económica, en la cual obtendrá beneficios más importantes, pero, ese mismo fenómeno se había dado en Cataluña veinticinco años antes, con motivo de la fundación de La Maquinista Terrestre y Marítima, cuando dos catalanes reunidos en un café hicieron el mismo negocio; fusionar una compañía con otra para dar lugar a la Maquinista Terrestre y Marítima. Ahora podríamos preguntar: ¿Cómo se rompió ese mecanismo de solidaridad? ¿Cómo se hizo posible que el capitán catalán rehuyera esas formas de sociedades anónimas? Para tener una idea de la mentalidad anterior hay que saber que desde el año 1850 al año 1866 Cataluña financió las dos terceras partes de los ferrocarriles españoles; de tal manera que la Bolsa de Barcelona absorbió una cantidad prodigiosa de papel en obligaciones y acciones de los ferrocarriles de toda España, o sea, que si Perey y Rochi contribuyeron a formar las grandes compañías ferroviarias de relumbrón, fue el pequeño duro y peseta catalanes los que afluyeron para construir todos los Andaluces, todas las redes de León, toda la red de Galicia y gran parte de la red Aragonesa además de la Catalana. Pero llegó un día en el que a consecuencia de una desgraciada

jugada de Bolsa preparada por un grupo madrileño en el que figuraba el Marqués de Salamanca y la no menos desgraciada actitud de un determinado sector de la industria catalana se hundió la Bolsa de Barcelona en un día del mes de Marzo de 1826 perdiéndose en tan nefasta ocasión cerca de cien millones de duros que dejaron absolutamente esquilmo el país durante 10 o 12 años. Eso se aprecia en los ingresos de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Barcelona contemporáneamente a un desasosiego tremendo respecto a las futuras posibilidades de las sociedades anónimas. Como vemos, ese mecanismo explica el shock psicológico que recibió el pequeño ahorro catalán y todos aquellos que habían figurado en sociedades anónimas arruinadas y no solamente las de ferrocarriles, sino empresas como el Crédito Mercantil, el Banco Hipotecario Catalán, etc. etc.

Pasaron aquellos tiempos y viene una generación constituida casi por nuestros abuelos o bisabuelos, según se mire. Está centrada por tres personajes, uno que no es catalán que es Don Antonio Güell y López y otros dos que sí lo son: Don Ignacio Girona y Don Evaristo Arnús. Los demás giran alrededor de estos personajes y forman el llamado Grupo Catalán que dirige las finanzas de la Restauración, de la misma manera que el Grupo Vasco dirige hoy las finanzas del periodo subsiguiente al de 1936. Estos señores fundan el Banco Hispano Colonial y dan dinero al Gobierno para resolver la cuestión cubana y filipina de la misma manera como con anterioridad habían adelantado el dinero para que Alfonso XII pudiera regresar a España. Esa gente domina la política, domina las finanzas, domina todo que puede ser vital en el país. Don Ignacio Girona es el amo del partido conservador; tiene sus pequeños caciques que sirven para el juego electoral y político. No hay que olvidar que Don Ignacio Girona fue el primer Alcalde de la Restauración en Barcelona y Don Evaristo Arnús era el amo del partido liberal usando de otras personas como Collaso y Gil, etc. que sirven de pantalla. Hay un episodio que demuestra la potencia de Arnús.

Está moribundo Alfonso XII cuando sobreviene un pánico enorme en la Bolsa; muere y todas las acciones y todos los valores van por los suelos. Don

Evaristo Arnús, compra, compra, compra, va comprando todas las acciones que salen en la Bolsa de Madrid, en la Bolsa de Barcelona, y compra, no porque sea un intuitivo, sino porque sabe, a través de Don Práxedes Sagasta, que se ha convenido con Cánovas del Castillo en el Palacio del Gobierno de la Castellana, el Pacto según el cual los Partidos se turnarán pacíficamente. Arnús lo sabe y especula y cuando al día siguiente se recibe telegráficamente la noticia toda la Bolsa sube y cuando Arnús ha ganado una fortuna porque se ha apoderado de todo el dinero circulante de la Bolsa de Madrid y Barcelona se dirige al Bolsín de Barcelona y rasga todos los títulos que había comprado salvando de la ruina a la inmensa mayoría de los especuladores barceloneses y madrileños. Este es un gesto, pero un gesto de intuición política, porque D. Evaristo Arnús sabía, por haber vivido la crisis de 1826, que ese gesto a él le daba no solamente paz sino prosperidad. Del mismo talante era Girona y gente así era la que mantenía el pulso de la vida económica española. Creo que, exceptuando la generación inmediatamente posterior, no hay otra con raigambre tan sólida en el país y que produzca un impacto tan firme en la economía global española. No se necesitaba ir a Madrid a suplicar, sino que desde Barcelona se dictaban órdenes y D. Ignacio Girona y D. Evaristo Arnús podían rechazar títulos de nobleza. No porque tuvieran despego a la aristocracia, sino simplemente porque vivían en un mundo en el cual el esfuerzo personal era para ellos prueba superior a todo título que les concediera la Monarquía.

Después de esta generación viene la generación del año 1901 que es la generación de los políticos y de los poetas, pero que en Cataluña es también la generación de los grandes industriales, que siguiendo la rueda a sus antepasados inmediatos intentan la gran transformación de la economía industrial de tipo unilateral catalana en una economía de muchas facetas. Hemos indicado el nombre de Bertrand y Serra, porque ha muerto pero hay otros testimonios vivos y actuales que se pueden ver todavía circulando por la Rambla, por el Paseo de Gracia con sus barbas o sus barbillas canas. Son gente que establecieron el prudencialismo, no como norma, sino como base para reforzar la producción nacional y el proceso de transformación en que se hallaba aplicando la nueva corrien-

te eléctrica y las nuevas formas de energía. Esa gente luchó mucho, llena de confianza, de fe, y con seguridad en sus propios destinos, hasta que les vino encima algo que para ellos era imprevisible: la gran crisis rusa del año 1917, que les desorientó en absoluto. Era algo que rebasaba sus habituales preocupaciones: el impacto enorme del mundo de la revolución comunista en el mundo Occidental que dio lugar a esa nueva generación de burgueses respecto a los cuales me ahorro toda ponderación ya que ahí está, y ella misma se ha definido.

¿Y el futuro? En el pequeño guión-resumen de esta conferencia figura una indicación que puede sorprender. En el preciso momento en que estamos enfrentados con la integración europea y ante un panorama de universalismo rabioso, se dice que en economía toda fórmula arcaica tiende a ser universalista, mientras toda forma nueva, tiende a ser nacionalista, territorialista. Eso lo prueba la larga historia económica de Europa y de España. En el momento de la gran revolución comercial entre el siglo XIV y XV, mientras eran universalistas e internacionalistas todas las grandes compañías de comercio, eran nacionalistas y territorialistas todas las formas y estructuras de la industria que nacía. Por tanto, desde el punto de vista histórico puede demostrarse la tesis del guión-resumen. Ahora bien, desde el punto de vista psicológico debe hacerse otra aproximación antes de decidir un pensamiento concreto sobre este particular. Hoy, en el campo de las letras, en el campo de la cultura, estamos universalizándonos de una manera rápida. Quizás dentro de 20 o 25 años, la uniformidad de indumentaria, de mentalidad nos habrá convertido en un exacto rebaño y sólo será necesario que una radio, o radiotelevisión o radio-orden nos diga *vístete...*, *lávate...*, *cuidado...*, *tal cantidad...*, *pones demasiado...*, etc. y todos iremos, seguiremos un ritmo impersonal y uniforme si no poseemos la capacidad de reacción necesaria para crear y —aquí aparece la tesis— no se ha logrado jamás crear sin ser profundamente particularista. Me gustaría hallar algún ejemplo de la literatura en el cual el creador no haya sido estrechamente particularista. ¿Qué hizo el Dante? Del Dante únicamente sabemos cuatro o cinco versos famosos, con los cuales describe exactamente a todos sus enemigos, precisamente situa-

dos en el infierno. Otros por los que coloca a sus adversarios más o menos negligentes en el purgatorio y unos terceros, sus amigos, los cuales sitúa indefectiblemente en el cielo. O sea, un tema de «historia local» puesto en verso. Ahora, ¡qué verso!, ¡Qué estructuración más enorme de la vida universal a través de esa construcción particularista del Dante! ¿Y qué hace D. Miguel de Cervantes? Explicar cuatro cosas de la Mancha; el itinerario del Quijote, su ir y volver por Castilla con un pequeño viajecito a Barcelona para conocer al mundo: A esa pobre Barcelona que comienza el siglo XVII como un villorio de 50.000 habitantes. Pero con ello Cervantes planteaba problemas absolutamente universales en el plano particular. Cuando se hacen universalizaciones, se llega a lectura de T.B.O., de periódicos infantiles: el Super R2, el Superman, el Super Nada. Todo son divagaciones inútiles, porque cuando se crea cada uno tiene que arriarse a la pared, y la pared es el pequeño terruño, lo que uno siente, las conversaciones con los circundantes, que provocan chispas de la historia universal. En economía sucede lo mismo, porque si queremos decir algo en la técnica, algo importante para el mañana, o bien tenemos que crear a base del conocimiento de nuestras posibilidades espirituales y técnicas, de la mentalidad del obrero que nos ayuda, del empresario que va a colaborar con nuestras tareas, de todo ese mundo humano en que nos movemos, o bien no hay más solución que decir: una llamada telefónica a casa tal de París, de Londres y poner en Barcelona una pequeña sucursal, de comerciante al por menor...

La creación se hace de dentro para fuera, estar ordenado y estructurado de fuera hacia dentro es síntoma infalible de decadencia total.

AQUEST OPUSCLE HA ESTAT EDITAT
CONJUNTAMENT PEL CÍRCULO DE ECONOMÍA I
EDITORIAL VICENS VIVES I S'HA ACABAT
D'IMPRIMIR A GRÁFICAS INSTAR, S.A.
EL DIA 15 DE FEBRER DE 1999

